

Finalmente me he decidido a escribir. Y es que durante los dos años que llevamos de Pandemia siempre me detuvo algún motivo. Que el privilegio, que yo no tenía derecho; que son pendejadas, mamarronerías de pseudoaspirante a pseudoescritor frustrado con delirios de pseudoclasemediero. Aun no resuelvo bien si tengo derecho o no, pero ganó la distorsión.

Este es el día número ocho de encierro en casa por covid19, variante Ómicron. La resistencia a escribir sigue presente.

Desde el día cero he sentido náuseas, mareos; sobre todo por las noches cuando miro el televisor. Soy bien consciente de mis privilegios. Estoy en un “encierro” bien lujocito. No me hace falta nada: tengo a diario comida caliente, las tres veces; tengo medicación y tuve la atención de un médico particular de la familia. Los síntomas “fuertes” los tuve sólo los primeros tres días (contando el día cero): cansancio extremo, considerable dolor muscular y artrítico, temperatura, escurrimiento nasal por todos lados, estornudos y algo de tos. No quiero entrar en detalles, pero la verdad es que no es precisamente una gripilla “más fuerte”. Pero ya habrá tiempo de explicar o no.

En general, pero sobre todo los últimos días han sido nebulosos. Cuando vino a mi mente, la referencia literaria me pareció sencillamente pedante. Recordé pasajes del Conde de Montecristo y otras alusiones que intentan describir ese sentimiento o malestar inaprensible. Ya no sabía qué día era. Tengo todo, mi calendario y el celular, pero acostado en mi cama mi cabeza fundía los momentos en un solo día porque todos habían sido bastante iguales, medios irrelevantes, parecidos. Fue el jueves; no, fue el viernes; No, eso fue hace dos horas. Todo parece tomar mayores proporciones de las que en realidad debería tener. Las ofertas de sometimiento laboral son ventanas de escape. Me emocionan. Me he sorprendido a las 4 de la noche postulándome como asesor de ventas o asistente del cliente del otro lado de la ciudad con tal de ganar un “buen” sueldo. Me pregunté, terminando de enviar la solicitud: ¿entonces si consigo el empleo —sobre todo el dinero, verdad— ya no voy a sentir que no soy nadie y que no doy ningún fruto ni medio podrido a esta sociedad? O a mi familia? Bueno, si le doy el dinero a mi familia, en verdad me sentiría mejor? Ya no sentiría que no valgo?

El SEO también ha invadido la atmósfera covidiana. Los primeros días: klinex por aquí, por allá, en la basura, en la mesita, en el escritorio, en el suelo, en la cama y después... SEO. Es que no puede ser que esté sin hacer nada. Ya pasó lo peor. Ahora adelantémonos a la vida, a las inoportunidades. Ya llevo varias lecciones de SEO. Mi mente sigue poniendo resistencia, pero es que está en cada requerimiento... Es importante. Hace dos años impensable, pero la vida da muchas vueltas y hay que adaptarse, la verdad. ¿Programación? Me acordé cuando estudiaba programación en la Benemérita Facultad de Ciencias Aplicadas, cuando pensé que había arruinado mi futuro y finalmente me cambié a Letras. No pues qué cosas, la vida y sus misterios: finalmente, la verdad, es que hasta las letras necesitan de la programación, del lenguaje encriptado. Lo bueno es que cuando llevaba cálculo superior comprendí que era necesario saber el seno y el coseno, programarlos en Java para finalmente poder calcular la cantidad de dinero que debería pagar a treinta o cuarenta años según los intereses del banco. Ahora comprendía que detrás de todas las revistas, de los artículos científicos arbitrados también estaba toda la ciencia de la Publicidad, y la programación. Y es que para que todos los saberes importantes, incluyendo los sociales y hasta los de humanidades, estén

plenamente al servicio de su naturaleza, el mejoramiento del ser humano, de la sociedad, hay que saber etiquetar cada palabra bajo su respectivo if, shift y body para el marcado y procesado de datos y fuentes. Qué risa con todos aquellos de mis compañeros de la secundaria que hasta hoy en día publican en facebook que ya con 30 y todavía no han utilizado el binomio al cuadrado perfecto. Si supieran que las mates son indispensables para la redacción, publicación y marcado de sus estados, memes y la publicidad que nos meten. Bueno, no los culpo. Yo también me vine enterando no de eso, pero sí de la fuerte relación de la Filología y la edición crítica de textos y el mundo editorial con los benditos Content manager, Editor Jr, Ux writer, copywriter y todos los writers por los que algún día podrían pagarme algo bueno.

Hace ocho días que no cruzo palabra con mi padre y mi hermano. Bueno, supongo que no puedo quejarme de mi hermano. Me preguntó hace unos días cómo estaba por wa —claro que fue texto solamente. Además, de verdad que estás histérico, son solo ocho días, apenas una semana y ya todo te lo tomas apecho. Sí que hace daño eso de que no te dé el sol; todo lo agranda. La otra parte de mi cabeza: pero, oye, es que están en la misma casa. Los textos de teoría literaria y sociología: unos cuantos seres “humanos” no pueden estar en el mismo hogar y no dirigirse la palabra ni para los buenos días, somos seres sociales. Sé que la situación es grave, tengo covid19, pero el muro que nos separa, unos 5cm, sí que está grueso. Supongo que de mi padre no me debe extrañar. Hace dos años era solo: hola, adiós, ¿cómo estás?, ya llegué, ya me voy, buenas noches. Luego fue: sí, sí me puse el cubre bocas [estàs a salvo]. Luego,

Pero no me siento mal, hasta me siento un poco culpable porque hace ya varios días que me descubro extrañando a morir a mi perrita, mi mejor amiga peluda. He soñado con ella varias veces ya. (Siento feo que no me haya nacido decir que extraño a otras personas, pero sí a ella.) Su silencio, el ruidito de sus patitas por las noches, mirarla de reojo acostada en el suelo durmiendo en mi cuarto era la sensación que se necesitaba para no saberme solo. Nunca sabremos si ellos lo saben, lo sienten. Pero algo sí es innegable: los amamos; y ellos parecen amarnos a nosotros también. Y su amor es todo lo que se necesita en este mundo para mantener la esperanza viva.

Hoy no hice nada del SEO y me siento culpable. Voy a bañarme y escuchar Youtube. El contacto con lo natural parece ser a final de cuentas lo único que nos salvará: agua chorreando, sonidos de agua cayendo sobre mi cuerpo y después en el piso y la coladera, emulando algún día de nuestros orígenes cuando nuestros ancestros se bañaban al río o hacían ceremonias de culto a Tlaloc, acompañado de música ceremonial.

-regreso a los orígenes, naturaleza

- música, ejercicio, baile y meditación. Sueño: el covid y el medicamento para la depresión. Diego y el sueño con Camp.

- El baño, de nuevo a lo básico y las necesidades. El otro lugar que tengo

La idea de que morir sería una mejor opción ya anda rondando de nuevo, día 10. Supongo que era solo cuestión de tiempo para que regresara. Y es que el ambiente es muy propicio. Ayer por la

noche después del baño (mi otra extensión material), llegaba a la conclusión de que definitivamente la cura contra la depresión moderna es —ya sin duda alguna— la rutina. Mi experiencia de tres años en terapia (2 online, para mayor prestigio; y sin contar con los otros dos a las dieciséis) lo respaldan. Creo que ningún experto en el tema lo afirmaría con ese cinismo: ¡la cura para la depresión es la rutina diaria! Pero cualquier padre de las generaciones actuales lo afirmaría sin más: a estos jóvenes lo que les falta es algo que hacer ¿Quién diría que al final sí que tendría razón? Nos falta hacer y hacer y no pensar... Hace un tiempo tal vez todavía me hubiera puesto en discusión con alguno de ellos: no es que ustedes no tengan problemas psicológicos; más bien es que ustedes se aguantaban más; o como dicen ustedes: “no había de otra”. Al afirmar esto, me pongo a pensar en si realmente somos la generación de cristal. Soy un exagerando?? En el caso de los matrimonios de 50 o más años ellos dicen que arreglaban las cosas y que no salían corriendo al primer problemita. Por nuestra parte argumentaríamos que la esposa no tenía otro camino sino el de la deshonra y la pobreza. Sólo miseria había por ese lado. Las que se arriesgaron encontraron dignidad y fuerza, las demás también. Nos dieron más educación y ahora se quejan. No queremos lo mismo que antes pero estamos atrapados. Ahora, todos trabajamos, se asegura que valemos lo mismo aunque no hagamos lo mismo y se lucha por denunciar la esclavitud disfrazada de género,

Regresando al punto original, con el tiempo descubrí que haciendo todo lo que debía hacer, la culpa, los pensamientos negativos, las ideas de morir, desaparecer, la descalificación, la auto comparación, la ansiedad cotidiana e incluso los reproches familiares sí lograban desvanecerse, como que se hacían pequeñitos. El clásico “¡Tíndete tu cama [y no piensas más que en hacerlo] y conquistarás el mundo!” sí era verdad. Sentir que cumplía con mis deberes familiares, domésticos, escolares, académicos, luego los laborales y los sociales sí que me ayudó a tumbar la depresión. Claro que la fluoxetina y la sertralina hacían, como decía mi psicóloga, el 50/50. Primero había que acallar las voces, los gritos, el horror en la piel, el pecho y el estómago. De paso, con el tiempo, ya no había más temblores ni taquicardia. A lo menos una ligera sensación de pavor al comienzo de la emoción como si se derramara apenas media copa de bilis negramorada neon; pero una lo suficientemente ligera como para tragarla y luego envinarla con el enfoque de la rutina. Lo de la rutina ya estaba probado, pero lo confirmé cuando, ahí por el día 6, ya con síntomas mínimos, desde el día cinco planifiqué la nueva rutina: baño de agua fría, desayuno con un capítulo de serie como motivación, revisión de empleos freelance y en línea; enlistado de requerimientos; sesión de SEO; practica de inglés (y de italiano, por gusto) con canciones y traducción. I had to write my wishes, my projects (short and long term) as well as the activities carried out during the day to materialize them. Merecida comida. Sesión de armado y desarmado de Lego, para distraer la mente. De lo más importante del día: cardio y gym en casa. Tengo un aro al lado; fue mi fiel ayudante. Para lo demás, lo básico: calentamiento, enfriamiento, estiramiento, saltamiento, corrección y troteo, todo en menos de 2x3 m. Sí, pensaba que no funcionaría, pero la séptima musa también hizo lo suyo, a través de Youtube. Inspirado, con determinación, uno es capaz de replantearse sus objetivos, mirarse al espejo y volver a reconcentrar todo ese odio sólo hacia la parte del cuerpo que es digna de ello: mi grasa, mi asquerosa grasa, demasiado flácida, debo reconocer, para mi corta edad. Finalmente la producción de hormonas (las del ejercicio) condujo a

que surgieran en mí ganas de nuevo de literatura. Leí un buen par de hojas del libro que tenía arrumbado en el escritorio. La emoción no llegó a tanto como para seguir con los textos de la tesis, pero sí como para planificar hacerlo para el día siguiente. Ese día sí estaba orgulloso. Me premié pidiendo por favor una quesadilla para cenar. Fue un buen día.

Esta no parece una niebla, parece más bien como si entre las neuronas hubiera atorado, por varias partes, una gran cantidad de una especie de madeja, de algodón con pelusa; una gran cantidad de bolas de pelo de gato. Desde fuera, los neuroreceptores están atrofiados, pero algo intentan captar de la nada, o de los impulsos y propósitos que me planteo noche con noche en la OneNote del celular a eso de las 3. Me invento trámites y urgencias. Ya ven 3 correos a la Facultad en menos de 5 minutos. Los sueños ya se han vuelto predecibles, ya no parecen querer decir ni simbolizar nada. Recuerdo uno donde mi misión era impedir que mi madre entrara al cuarto a toda costa. Mientras leía el texto para mi tesis M. decía: “Era como si a mi mente le hubieran echado gasolina de alto octanaje. Se llenaba de palabras todo el tiempo, mientras dormía, mientras comía, mientras me bañaba, mientras iba al mercado, mientras esperaba a que llegaran las [...] Sin embargo, a la mañana siguiente, me levanté otra vez con la cabeza llena de palabras”. Supuse que eso era lo que me pasaba, pero al contrario. ¿Qué habrá pensado Elaine cuando el lunes le envié un mensaje preguntando acerca de los horarios de la próxima semana? En lo que sí persiste mi mente es en insistir en que me hundo en un vaso de agua, y medio vacío pa peor.

Finalmente me decidí. Se acabó. Día 15. No debiste igual, lo sabes. El día sintomático es el día cero. En realidad debió ser mañana. Primer trayecto. Microbús lleno. Todos con cubre bocas, ninguno con KN95 o similar. La mayoría de tela. Tres quirúrgicos. Uno de los del dentista, casi un pedazo de papel azul ennegrecido con las agarraderas delgadísimas. Puedo ver como entra y sale el aire a través de las diminutas rendijas. Desgastado a morir, hace meses que no lo cambia. El microhule de las agarraderas está nada de ceder, se nota. Lo estoy sintiendo en mis venas, en los brazos, en el pecho, debajo de las clavículas y hacia adentro. Rabia recorriéndome; es fuerte. Su piel podría ser la más oscura del camión. Sudor. Remordimiento. ¿Acaso no eras tú en marzo 20-20? Yo llevo dos, uno quirúrgico y encima un N95. No me atrevo a sentarme, no quiero. Se me hace largo el trayecto. Dolor en las rodillas. Debe ser normal, hace rato que no las uso ni para bajar escaleras. Al fin llegamos. Camión dos. El súbale-súbale ni siquiera trae uno, el loco tampoco. Discuten. Chinga tu madre, wee. Tú mamá era la despistada. Si, wei. Dame, cabroon. A CHINGA, ¿apoco yo te pido cuando traes mierda y media? Un abrazo wei, y ya. Yaa. Subo. La mayoría trae N95 o similar, un alivio. Más de tela. Camino. Camino. Tránsito. Por fin paso por la parte que me gusta, lo recuerdo. Verde, algo verde. Miro detenidamente los caballos. Dos de ellos se ven fuertes, comen. Otros dos están sujetados al pastizal, cansados, el sol a todo lo que da, un metro cuando mucho la correa. No hay posible sombra y siento más rabia. Rabia y se humedecen mis ojos; estoy seguro que de regreso seguirán allí amarrados en el mismo lugar. No pueden moverse más de un paso. Un

pensamiento bien corolario, hacerme vegetariano. Què pendejo, què pendejo de verdad. Como ahora sè lo que es estar en el mismo pinche lugar todo el dìa... Noombre!

La rabia baja y da paso al sentimiento del llanto. No me permito llorar. Por fin llego. Tuve que salir, Trabajo es trabajo, aunque sea freelance, sin prestaciones, ni pedo. Es una hora, no importa.

Ya de regreso. Al menos no todos los caballos siguen ahì; solo los amarrados. Me voy a bajar. Sí. Ya casi me acabo el gel, estaba medio lleno. Siento las manos todas plastosas. Bacteria sobre bacteria, muertas todas. Espero. ¿Los virus tambièn estàn ahì con ellas, no? Malditas, ahì tienen que estar todas. \$5 la entrada. Siempre ha sido mi refugio. Se lo agradezco a mis antepasados, Tierra labrada, herencia sagrada... Me siento en el tronco, respiro. Me quito el cubrebocas; lo pienso; lo pienso. Me suena la nariz. Es el cambio de clima. Me lo pongo. Pago por la bici. Todavía no llego a casa y ya van casi 50... Lo vale, sí.

Mientras voy en sentido contrario a los carros siento el aire chocar contra mi cara. Alivio. Respiro profundo... No siento el cubrebocas, es como si no estuviera. El sol quema mi rostro, es placentero. Otra vez las rodillas, estàn como tiasas. Mientras el viento me refresca el alma, la mente o lo que sea siento como voy en contra de ellos, del viento, de los carros, del sentido, de todos. Pesa. Verde, rojo, naranja. Me detengo debajo del ahuehuate, se lo agradezco de nuevo a ellos, a todos, a los antepasados, o a los que estaban aquí antes de mí. Por un segundo imagino que todo es igual que ahì, como era antes. Ahora se lo agradezco a ellos, a la resistencia zapatista, villista. Viento fresco, sol que quema. Tres vueltas. En las dos primeras, a mitad del camino estaba el viejo muy viejo sentado, con su cachucha, contemplando. En la tercera ya no estaba. En la cuarta voy muy rápido, a todo pulmón. El ritmo inicial de Papa don't preach me confiere renovadas fuerzas para pedalear a todo lo que da, a todo pulmón.